



YAYO

JOCS FLORALS 2024

Categoría: “Historias reales o ficticias sobre nuestra Cordá
y/o cualquier manifestación festiva ligada a la
pólvora”

Autora: Esther Villanueva Martínez

Se hizo la valiente para volver a empezar. Había demorado más de lo que hubiera deseado el momento, pero decidió poner principio a las despedidas que le esperaban más tarde o más temprano.

Siempre es duro volver al hogar de donde partiste al tuyo, para recoger y poner en orden documentos, vestidos, imágenes proyectadas en la retina a cada pieza que se toca, como el plato y dos cubiertos que quedaron por recoger del fregadero; el cambiar la bombilla de la entrada, que se ha fundido nada más dar al interruptor, interrumpiendo así las energías encontradas para hacer valer el poco valor de despedir la vida que aún se intuía en la casa arrebatada de esencia de madre. Todo en un eterno segundo.

Pero ya abrir la puerta de la calle a empujones intentando domar la cerradura, que se le antojó integrada en la madera hinchada, la dejó sin aliento. La humedad de la casa había devorado sin piedad la mayoría de los muebles. Varios años de ausencia de calor humano la habían convertido en un lugar irrespirable para ella.

Y por primera vez, desde que es huérfana, entra en el espacio sagrado de la familia que la engendró.

“¿Mareeee? Ésa era su primera palabra cada vez que abría la puerta con su propia llave cuando la visitaba. Hoy no. Hoy es un duro nudo de silencio en su garganta. Un querer captar de un solo golpe de vista toda la casa, todas sus estancias, una por una, con todos sus detalles. Asegurarse de que todavía pertenecía a su biografía.

Y en un solo llanto, vaciar todo el desconsuelo que la engulló de un solo trago.

Encontrarse con el hueco de quien amas entre las paredes es difícil de encajar. Pero se supone que se esté o no preparado para ello, representa eso que alguien bautizó las pérdidas como “ley de vida”. Continuar pese a todo. Tragallón de saliva amarga y comenzar por no se sabe dónde.

Pero comenzar.

Con la rabia de comprobar el deterioro de lo que antes lucía impecable, humilde, pero cuidado, se dio cuenta de que había que hacer algo. Devolver a las estancias algo de aquello que fueron. Su hogar.

Había que limpiar y mucho. No sólo de polvo y flor húmeda las paredes, del suelo, de los muebles, sino cada recuerdo que la inmovilizaba a cada intento de valor para seguir.

De repente, aquello se convirtió en un ir y venir de bolsas donde rellenar lo estropeado, lo inservible que no sabía por qué seguía siendo presente en la casa. Si su madre vivía con cuatro cosas, no necesitaba nada más. Pero la pena de tirar, cuando ha costado tanto forjar una vida entera, podía comprenderla.

¿Qué fue? ¿un par de horas? Quizá una y media, no sé, pero la sensación era como la de haber pasado entre escombros y tesoros toda una tarde. Intercalando dudas y certezas, sonrisas y llantos, penas y alegrías. Pues eso... toda una vida. Y le dolería no respetarla.

No estaba mal para comenzar. Todavía le quedaba tiempo, pero el cuerpo no le daba para más. Volvería al día siguiente.

Esta vez necesitaba encontrar la documentación que le faltaba para los largos y pesados trámites de estos casos; esos que sólo una persona de la familia suele hacerse cargo. Y a la vez intentar descubrir si hubiera algo de valor para salvar. Algo de valor sí que hace falta para ver todo lo que aún queda por limpiar y desacumular de la casa, la verdad.

Recordando que en la mesita de la habitación su madre solía guardar el contrato de los muertos, el del gas, los cordones umbilicales disecados de tres de las cinco hijas que parió, ropa íntima por estrenar junto con la de arreglar, imágenes de corazones de Jesús, santitas varias, alguna que otra pila por si se acaba la de la radio...y el pañuelo.

El pañuelo que primorosamente había conservado casi toda su vida. Casi más de 70 años. Ciertamente, no recordaba que su madre lo hubiera lucido nunca puesto, siquiera sacado del cajón por temor a que se estropeara.

Estaba en el último cajón, debajo de todo, plegado, como la última vez que lo dejó. No me preguntéis de qué material está confeccionado, pero siquiera huele a naftalina y está prácticamente intacto. Alguna esquina algo descosida, eso sí, poca cosa la verdad, pero en perfecto estado de gracia.

Colores vivos, verdes, rojos y un blanco de fondo ya avainillado. La escena que representa su dibujo es en honor a las Fiestas de San Fermín. Una pañoleta clásica de recuerdo que su padre, mi abuelo, vino a regalar a su hija pequeña de vuelta de uno de tantos viajes de trabajo.

Trenes, carros, acas, San Fernando...combinaciones varias para llegar de Paterna a Godella. Cargar con lo necesario para cuando llegara a Pamplona, ser el desconocido pirotécnico valenciano que portaba todo lo necesario para disparar el chupinazo de las fiestas. También de proveer todo lo preciso para que la ciudad en fiestas iluminara desde le cielo los cánticos del Gora San Fermin.

A Don Joaquín Ilundain le pareció que ya era hora de que volviera el chupinazo a ser tirado después del parón que hubo sin la tradicional *dispará* ni las carreras de suelta de la ganadería. Claro está, otras "*disparás*" justificaban la ausencia de las fiestas durante los eternos tres años de guerra incivil. Pero esta vez, había de ser desde lo alto del balcón de la casa consistorial. Cada año, desde entonces, el honor de disparar el inicio de las carreras de los mozos entre las calles del orbe, lo recibía el político por turnos según se les diera la carrera hacia la casa consistorial.

-“Don Jaime, recuerde mantener bien separao el braso del cuerpo, eh. Así, firme, que luego el impulso del cohete li tirará la mano pacabaix, pero usted Don Jaime quieto...aixina, ¿veu?”

-...¡Ah claro! Le he puesto la mecha más larga como me pidió, faltaría más, Don Joaquin, no patixca home...”

Últimos consejos antes del momentazo de inicio de fiestas, porque claro estaba, no quedaba estético que el operario saliera en la foto.

Carrera arriba, carrera abajo, caídas entre patas y empedrados, vinito y algún pinchito, recuento de orejas y costillas rotas y Ay Pobre de Mi... ¡Pobre de mí, pobre de mí, que se han acabado las fiestas de San Fermín!

Con alivio de acabar lo encomendado con éxito, recoger todos los bártulos y sobrante que pudiera servir, cobrar para el amo Don Vicente los servicios pirotécnicos prestados por la empresa pirotécnica, pagar el camastro del descanso, y a buscar el carro que le saque de nuevo al polvo del camino.

Últimos minutos en Pamplona...” *Algo li compraré a les xiquetes, que ja les tinc fadrinetes xé...*”. Algo de provecho pues y de las fiestas de San Fermín, ¡faltaría más!

De vuelta a casa, algo debía llevarle a la *xiqueta*. La *xicoteta* de la casa, más bien dicho, de la cueva en la que vivían, aunque no les alcanzara a tenerla en título de propiedad. Eso sí, con unas vistas privilegiadas al Palau del Conde Montornés y a la Torre negra y moruna que también padeció los estragos de la edad y de los achaques. Ataques de otro estilo de fuegos, se entiende.

El operario de la pirotecnia que llevaba la pólvora a los navarricos años tras año.

El Tío Daniel, el *Coeter*.

¡Y qué paellas hacía! Todo el mundo se lo rifaba para hacerlas. A leña, por descontado; controlando el fuego como un maestro del mejor de los fogones del Palmar. ¡Fuegos a él, ja! Y de carnes, lo que se criaba en la cueva, como era costumbre de tener *animalets* en casa que criar. Solían ser patos, conejos, pero también los moros y las baquetas que recogían tras la lluvia de primavera, guardados en la carnera para purgarlos con hierbabuena. Y ese romero tierno de las matas que crecían silvestres en el camino al trabajo.

Aunque por la casa también había pajaricos y gatos que se arrimaban al calor de hogar y al fresquito del verano que se reflejaba en las paredes encaladas de la cueva, bajo la hermosa higuera que hacía las veces de sombraje de tertulia vecinal como de horas y horas de trabajo en casa.

Más de una vez la abuela, la *Tía Uisa*, como así conocían a la madre de mi madre, (ya se sabe que en los pueblos sino tienes apodo no eres del “*revollet de l’ou del poble*”), tuvo que regañar a su pequeña para que no se comiera los higos a puñados mientras encalaban las paredes por dentro y fuera de la cova.

Pocas veces lo conseguía, la verdad... Y a puñados cogían de las sacas de tela de saco las piedrecillas y el polvo de pólvora que envolvían en un

pequeño papel cartón. Las mesuraban ya con un sentir de mano, sin balanza. Y en un visto y no visto de movimiento de dedos y giro de muñeca, hacían los pequeños paquetes rellenos. En cadena, sentadas en pequeñas sillas de madera y enea, se iban pasando las sacas ya rellenas de nuevo a falta de enlazar uno a uno el paquetico con unas vueltas de cuerda, a lo largo y a lo ancho, otra vez a lo largo y a lo ancho. Cierre y *tisorá* para continuar con el siguiente. Y el siguiente y el siguiente después; y así hasta acabar el material del que disponían, mientras los gatos agradecían su comida librándoles de los ratones que se colaban en la casa. ¡Y ya estaba hecho el *tró de bac*! Recuento para comprobar el contenido las sacas y así un día tras otro para tener a punto las cajas, esas que se suelen usar para “*la Desperta*” de las Fallas . Las *femelletas*, los *masclets*... esos ya lo dejaban para manos más adultas.

Pero sí. Madre, hijos, nietos y espíritu santo se reunían en ese rogle que cobijaba la higuera para complementar el sueldo que el tío Daniel traía a casa. Y digo bien; hasta el espíritu santo pensaron que debía estar con ellos sentado, porque lo que sucedió aquella tarde de verano del 41 no lo olvidaron en la vida tras vida tras vida.

Resultó ser que uno de los zagales de las cuevas colindantes, amigo de otro zagal, Pepín Damián, había encontrado un artefacto sin explotar entre los terrenos de alrededor. Como quiera que sea que las cuevas miraban a la Torre, pero también al paredón de los militares, que rodeaba inmensurable todo el recinto del cuartel, instalaciones, logística, zona de pruebas y maniobras...era cotidiano encontrar según qué cosas.

De hecho, alguna noche con madrugada por avanzar, la *xiqueta* se despertaba de oído fino por el ruido seco de estallidos y pensaba que su padre trabajaba demasiado probando los petardos. Al menos, eso le contaba la madre cuando con los ojos llorosos intentaba que su hija se volviera a dormir. “*Ton pare que ha de treballar encara, filla. Au va a dormir i sense reixistar que demà tenim faena*”. Y se lo repetía a sí misma a ver si se convencía de ello. Y volvía al camastro junto a su marido, hechos uno en el abrazo, y sobrecogiéndose a cada “*dispará*”, unas diez o doce, otras veces alguna más o alguna menos.

Esas, no eran horas extras del yayo, sino las últimas de algunos pobres

inocentes desgraciaos a pocos metros de donde vivían.

Maldita la infortuna de, sin poder siquiera imaginarlo, su próximo lecho eterno iba a coincidir también a pocos metros de los de aquellos finados.

Pero volvamos al zagal y su *trovalla*. Debió sentir que había encontrado un tesoro esa tarde ¿a quién se la podría enseñar primero? Y con mucho cuidado la llevó a la *coveta* del tío Daniel. En ese momento, todavía no había regresado de la pirotecnia, pero allí estaban *la Tía Uisa*, dos de sus hijas, un nieto y una nieta de la misma edad que su hija pequeña, y una vecina que aprovechaba el rato para remendar ropa a la fresca de la higuera.

Micalet deseaba que el coeter estuviera de vuelta, mientras escondía los nervios por ver qué podría sacar del artefacto. Por aquella época, las balas perdidas de los soldados eran recogidas por toda la *xicalla* para luego obtener unos pocos reales, algo más de lo que sacaban recogiendo las boñigas de los caballos, para hacer guano, para calefacción... Aún era la época del hambre y de trabajar en todo lo que se pudiera.

De ahí que, entre la alegría de haber encontrado un pequeño tesoro para el niño y los nervios por la advertencia de *la Tía Uisa* del peligro que tenía si no lo dejaba de manipular, todo pasara en un abrir y cerrar de ojos.

El artefacto eclosionó. Toda la metralla que contenía salió disparada hacia la silla donde se sentaba con su nieta en brazos la inquilina de la cueva. El susto encogiéndose las almas que allí se encontraban reunidas no fue ni la mitad de grande que el comprobar con un helador asombro lo que allí sucedió.

Reaccionar a la explosión de un artefacto como aquél ya fue como un sueño. Comprobar que nadie salió herido el mejor de los regalos. Pero darse cuenta de que la metralla quedó incrustada en la pared sorteando como en un halo la figura de nieta y abuela, sin tocarlas, fue cuanto menos lugar de peregrinaje de todos los vecinos durante días, y significado de que debían haber sido tocados de gracia.

Para gracia, la del niño, que, ante el aparente milagro, se salvó de tremenda reprimenda por jugar con fuego. “*Al foc se li respeta.*” Seguro que ésa fue una de las verdades que llevó su amigo grabado a fuego en su fuero interno;

quizá por ello supo hacer y comenzar a convertirse desde joven en un *coeter* respetado en el pueblo.

Y es que no fue ni por fuego, ni por artefacto, sino por pobreza que a la hora de irse de este mundo, el matrimonio lo hizo con apenas la cincuentena y algo más de edad, detrás del uno la otra.

El caso es que, mirando sus fotos, resulta imposible no asombrarse de cómo aparentaban ser ancianos a casi la misma edad en que la hija de la *xicoteta* del Tío Daniel y la *Tía Uisa* repasaba los cajones de las mesitas de noche, las cómodas, las estanterías ...Siquiera los llegó a conocer en persona. Fallecieron antes de que su hija menor fuera mayor de edad ¡Qué digo! Siquiera los 16 años y huérfana te metían a servir en casas de “*niñeralavanderacocineraydemás*”. A eso se le decía también “*estar en amo*”. Maldita la época en que no había adelantos ni medicina certera para pobres.

Suelen decir, que los soldados prefieren tener una muerte digna y gloriosa luchando en combate. Para el tío Daniel, igual que un artificiero, tal vez la muerte se la hubiera imaginado en que cualquier día tendrían un disgusto de mano de la pólvora.

Pero no fue ése el destino. Quiso la parca llevárselo por una “caída tonta”, con su bicicleta, yendo a casa del amo, pero esta vez para cocinar una gran paella con que agasajar los invitados a casa. El anfitrión sabía que para lo mejor de lo mejor podía contar con su estimado y fiel “*coeter de les coves*”.

Ese día, hubo de cambiar el menú. El manillar de hierro de la bicicleta se le clavó en medio del estómago, cayendo por un terraplén que no advirtió por las prisas de no hacer tarde.

Pero aún tardó unos días para partir definitivamente y no volver. Y se sigue sorprendiendo su nieta de cómo lo perdieron y de comprobar que, en la foto de la lápida, con apenas 63 años ya parecía un hombre anciano de 80.

Su mujer le acompañó en el viaje al año siguiente por una peritonitis fulminante. Por la foto que le pusieron sus hijos en la lápida se podía ver como si tuviera cien años de padecimiento en su rostro y cabello...

.....

En las Fiestas del Cristo de La Fe, sin olvidarnos de su ferviente San Vicent Ferrer, era costumbre que los cohetes circularan borrachos por las noches en la plaza del Palacio de mano de algunos gamberretes. “*Femelletes*”, “*masclets*”, “madres”; éstas sí que eran imprevisibles ya que parían al encenderse varias “salidas” que volaban hacia donde la onda viajara. Si pasabas corriendo, se te pegaba a las piernas. ¡Así que te aconsejaban “*no córregues que será pitjor!*” Y había que pasar por la plaza si querías llegar a la calle Mayor o a la Plaza del Pueblo donde se concentraba la fiesta.

O eso, o rodear todo el Palacio, las cuevas y acceder desde allí por las callejuelas empinadas que dan hasta la cuesta de San Antonio.

Pero la nieta pequeña del Tío Daniel y la *Tía Uisa* no iba a rodar por las callejuelas. Pasaría por la misma plaza, junto a sus hermanas mayores, las tres a una, apretando el paso, sin correr, pero con miedo. Mucho miedo. Pero de los descerebrados que así se divertían. A modo de escudo en la lucha, se cubrían la cabeza con la solapa de la chupa vaquera. Algo les protegería, todos sabían que el tejido vaquero era bueno para evitar el relente de las noches de mediados de agosto, y las chispas de la pólvora loca.

Loca hay que estar para no tenerle respeto. Por eso mismo, se enfadaba con los jóvenes que no sabían tirar bien. Con quien reventaba en la Falla un tró de bac sin mirar dónde, por gracioso, vamos. Quien encendía la mecha del masolet con mano cerrada, o tirarlo sin importar que alguien pasara por al lado. “*Trellat! no teniu trellat!*”

Pero lo que solían devolverle era el gesto de que era una aguafiestas. Esa era una guasa que a ella le dolía, sobre todo por el oficio de su linaje, pero se mantenía firme; llevaba en la genética el respeto al fuego y el miedo a que quedara en manos de gente sin prudencia.

Había mamado valores morales de sus padres, que tal vez la convirtieran en una persona adulta desde la adolescencia. Eso la alejaba de algunos jóvenes de su edad, pero le mantuvo firme para capear todos los infortunios y logros a lo largo de su vida.

Hoy tiene 54 años, y sigue dando gracias por ello. Delante de la sepultura de su madre, *“Consuelín” según la parieron y Rosario según deseo de la reina de “les festes del Rosari”* quien la apadrinó al haber nacido en esa semana. Fue la última hija de la *Tía Uisa*, quien en realidad se llamaba Remedios según los documentos, aunque a buen seguro que ni lo supieran en aquél entonces. *La filla xicoteta* del Tío Daniel, que a diario los mencionaba emocionada sus últimos años de vida. Reclamaba, buscaba y llamaba porque tanto la necesitaba, *sa mare*.

Y con ellos la reencontraron. Al menos sus cuerpos ya sin vida. Las tres nietas que aprendieron a amar a sus yayos sólo con saber de ellos, decidieron unirlos en su descanso. Cambiaron la lápida que les cubría desde 1957 y decidieron que deberían llevar su nombre de vida.

Ahora, mientras escribe estas palabras, mirando con ternura la pañoleta navarrica sobre la mesa, al lado de montones de otros pañuelos de papel lagrimados y mocados, decide contar *“al seu poble”* que el coeter anónimo, un embajador más de Paterna y de su saber y saber hacer de la tradición cohetera valenciana por doquier, sí tenía nombre. Incluso apodo. Y se siente, desde la humildad de su genealogía ciertamente orgullosa de poder decir que es la pequeña de las hijas de su madre.

Y nieta de Daniel Martínez Huertas. El ***“Tío Daniel, el coeter”***.

